

José Carlos CAAMAÑO, *La visión del invisible. Teología de la imagen y del conocimiento simbólico*, Ediciones Agape, Buenos Aires 2021, 211 p. ISBN 978-978-640-631-4

El volumen que nos ofrece José Carlos Caamaño, profesor titular de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, viene a enriquecer la literatura sobre la denominada “teología de la imagen”, la cual, desde principios del siglo XX, con el renacimiento de la patrística griega, ha conocido un impulso creciente.

Es sabido que esta teología se ha desarrollado principalmente en el ámbito del oriente cristiano, con figuras como Paul Evdokimov, Leonidas Uspenski, o Giorgos Kordis. Sin embargo, en el mundo católico también ha concitado profundo interés, el cual se refleja en obras como las de Romano Guardini y, más recientemente, del cardenal Christoph Schönborn.

La obra de Caamaño, que, como en el caso de los autores citados, aborda de manera pormenorizada los fundamentos dogmáticos de esta teología, presenta, además, un valor agregado: es la primera obra con una pretensión sinóptica que se

escribe en lengua castellana y desde América Latina.

A su vez, otro aporte del libro que comentamos es la tentativa de generar un puente entre la teología bizantina de la imagen – cuya heredera natural ha sido la teología ortodoxa– y la teología escolástica, matriz de la teología católica. Esta última, como es sabido y el mismo autor subraya, ya desde el periodo carolingio se comienza a distanciar de la comprensión de la imagen de culto como fuente de gracia y revelación, relegándola al campo de la decoración.

El autor propone reconectar ambas tradiciones teológicas, atendiendo al siempre desafiante imperativo del diálogo ecuménico.

El libro consta de introducción, cuatro capítulos, conclusión, y un apéndice, que contiene las definiciones del segundo Concilio de Nicea, en castellano.

En los primeros dos capítulos, Caamaño se avoca a presentar el desarrollo de la discusión teológica que tiene lugar durante

la querella iconoclasta, identificando un primer periodo de crisis y una segunda etapa de propuesta interpretativa, marcada por la celebración del Concilio de Nicea II.

Así, en el primer capítulo, describe el origen de la controversia y comenta la primera respuesta elaborada por autores como Germán de Constantinopla y Juan Damasceno. En el segundo capítulo, expone la doctrina consignada en el Concilio y los desarrollos que aporta Teodoro Estudita como respuesta al segundo periodo iconoclasta, el cual concluye con el Sínodo del año 843. En este segundo capítulo, además, Caamaño aborda la recepción carolingia de la doctrina de Nicea II, poniendo de relieve los puntos álgidos de la fisura respecto al oriente cristiano, la cual, entre otros factores de orden político y cultural, contribuirá al cisma del 1054.

En los dos capítulos que siguen, el autor indagará sobre las huellas de la doctrina de Nicea II en la teología escolástica. De este modo, en el capítulo tercero abordará la integración entre materia y espíritu que propone Buenaventura, haciéndose eco de la espiritualidad franciscana que

este sistematiza. Es destacable la afinidad presente entre el planteamiento de Buenaventura y Juan Damasceno, quien, durante la primera etapa de la querella iconoclasta y ante la disyuntiva entre un cristianismo espiritual y uno material, defiende que, justamente por la encarnación, la materia es fuente de gracia y salvación. Finalmente, en el cuarto capítulo, Caamaño proyectará las finas distinciones de los orientales en la obra de Tomás de Aquino, recuperando una teología de la imagen que ha sido, en mayor o menor medida, invisibilizada por la recepción de la obra del Aquinate.

Ahora bien, el trabajo de Caamaño no se limita a presentarnos los hitos históricos del desarrollo de la teología de la imagen y su proyección en la teología escolástica. El autor, a través de un primer momento metodológico de índole genético, busca fundamentar un segundo momento hermenéutico, el cual condensa toda la originalidad de su propuesta. A este respecto, quisiera destacar dos puntos que me parecen especialmente relevantes.

En primer lugar, Caamaño propone la interpretación de la

imagen de culto como un “código visual” que se abre al culto y posee la misma profundidad transformadora que la palabra de los evangelios. Este término lo toma de la semiología de Umberto Eco, pero lo proyecta teológicamente, recuperando para nuestra época dos aspectos fundamentales de la teología de la imagen. Por una parte, el código, como construcción cultural, se distingue de la Palabra de Dios, que es ante todo un acontecimiento, irreductible a cualquier tipo de formulación o “gramática”, sea literaria o visual. En esta distinción resuena la diferenciación entre imagen de culto y prototipo histórico, que fue establecida durante la querrela iconoclasta para rebatir las acusaciones de idolatría.

Por otra parte, el término “código” alude a un modo discursivo y, por tanto, nos abre a una visión epistemológica elemental de la teología de la imagen: el ícono no es una simple alternativa a la palabra escrita, sino un modo de comunicación primordial en la gramática de la encarnación.

En segundo lugar, y relacionado con esto último, Caamaño rescata y vuelve a poner de relieve la virtud sacramental de la imagen de culto. En esta labor, el

autor argentino acudirá astutamente a la teología de lo “viviente concreto” de Romano Guardini, en cuyo contexto se plantea la imagen de culto como una extensión del sacramento, una prolongación del *opus operatum* de la gracia. A partir de este reconocimiento, que se constituye en piedra angular de la “teología de la imagen y del conocimiento simbólico”, Caamaño aportará ciertas perspectivas para desarrollos ulteriores, siendo quizá la más sugerente la posibilidad de pensar una teología latinoamericana de la imagen, que el autor ya adelanta, al vincular su reflexión con los postulados de la teología argentina del pueblo y el pensamiento del Papa Francisco.

En síntesis, el libro que nos ofrece Caamaño constituye un equilibrado mosaico de fuentes patrísticas y escolásticas, semiología, teología europea, y teología latinoamericana, en el cual, a medida que adoptamos distancia contemplativa, aparece de manera coherente y unitaria un novedoso aporte al campo de la teología de la imagen.

Federico AGUIRRE  
Pontificia Universidad Católica de Chile